

gran reunion de hombres, y el "alerta" medio confundido por la distancia de los centinelas.

Serian las dos de la mañana, cuando un ginete avanzó con precaucion á la ventana del aposento en que reposaban Hidalgo y su ayudante de campo: se apeó sin hacer el menor ruido, dejando su caballo á algunos pasos y comenzó á andar casi á tientas, hácia la abierta ventana.

Derrepente las nubes preñadas, reventaron lanzando el torrente de agua que hacia algun tiempo las llenaba.

Primero cayeron gruesos goterones que semejaron gemidos del espacio al chocar con las hojas de los árboles; poco á poco se fueron haciendo mas numerosos y por último el cielo abrió sus mil bocas, lanzando cataratas á la tierra.

Algunos relámpagos brillaron lejanos y fugitivos en el espacio.

El misterioso y desvelado ginete, seguia acercándose á la ventana.

Un relámpago algo mas prolongado que los anteriores vino á iluminarle completamente.

Cualquiera por atrevido que fuese habria retrocedido al aspecto de aquel hombre, pálido como la muerte, con su cabello rubio, armada su diestra de un horrible puñal, pendientes á su cinto dos pistolas, avanzando con paso sordo como el de una hiena y silencioso como el de un tigre, lanzando miradas siniestras y sonriéndose con una risa infernal.

Pero ya hemos dicho que los dos habitantes del pobre aposento dormian profundamente.

El hombre llegó por fin á la ventana que solo distaba una vara del suelo, lanzó sus chispeantes miradas al interior, como queriendo interrogar á la

oscuridad, aplicó su oido y solo percibió la respiracion uniforme de un hombre dormido.

Entonces aseguró su puñal entre los dientes y apoyó sus dos manos en el piso de la ventana, poniéndose en ella de pié completamente.

Despues se fué deslizando silencioso como una serpiente hasta el piso del cuarto; pero al apoyar sus piés en él, produjo un ruido.

Le pareció oír otro ruido hácia el otro extremo del cuarto.

Pero nadie se movió y lo atribuyó á su temor, así es que continuó dirigiéndose al lecho, que aunque no distinguia, adivinaba sin embargo, por la respiracion prolongada y uniforme de Hidalgo.

—¡Oh! está solo, completamente solo, pensó, y esta vez no erraré el golpe.

Y dió otro paso adelante.

Pero derrepente oyó un ruido á su lado, que bien se distinguió del taiste y monótono que producía el aguacero.

Entonces se quedó parado, inmóvil como la estatua de un panteon y conteniendo su respiracion

—No es nada; pensó al cabo de un rato de profundo silencio.

Y dió otro paso.

Pero súbitamente se sintió agarrado en la garganta por unos dedos que lo apretaban hasta ahogarlo, mientras que otra mano despedazaba su armado brazo derecho. Vió en la oscuridad brillar cerca de sí unos ojos chispeantes y sintió sobre su rostro el soplo de un aliento.

Quiso gritar y no pudo, quiso hacer uso de sus armas, pero le fué imposible.

Por fin la mano que apretaba su garganta, aflojó

un poco porque dió un salto terrible, y se empeñó una especie de lucha silenciosa y sorda.

Pero sintió sobre su sien el frío de una pistola y oyó una voz sorda y apagada que le dijo:

—¡Miserable! si haces un movimiento, si das un paso, si alzas una voz, te tiendo muerto á mis piés.

A esta accion y á esta voz el desconocido dió un salto que hizo desprender su brazo del que lo apretaba.

—¡Ah! eres tú y siempre tú el que te atraviesas en mi camino, murmuró con rabia.

Y con el brazo derecho alzado y armado del puñal y el izquierdo de una pistola, se precipitó sobre Gil Gomez.

Entonces se trabó una lucha espantosa y sorda en medio de la oscuridad.

Durante, un momento solo se oyeron los esfuerzos de ambos combatientes.

El anciano continuaba durmiendo, ignorante de lo que estaba pasando y del peligro que le amenazaba.

Por fin, despues de un rato se oyó el ruido de dos cuerpos que caen sobre el suelo y la voz de Gil Gomez que dijo sordamente:

—Traidor, estás debajo de mí, y si te mueves, te vuelvo la tapa de los sesos.

El asesino quiso hacer uso de sus armas, pero éstas habian rodado al suelo en la lucha y solo pudo golpear rabiosamente con sus puños el pecho de Gil Gomez; quiso gritar, quiso moverse; pero la mano derecha de éste apretaba su garganta hasta ahogarlo, su rodilla se apoyaba como un torno sobre su pecho, y con la mano izquierda le golpeaba con cólera la cara.

—Podria matarte como un perro, porque estás á merced de mi justo enojo; como un perro, porque has penetrado en este aposento para perpetrar un asesinato; pero quiero perdonarte esa ruin vida, si me prometes salir de aquí sin hacer el menor ruido que despierte á ese anciano, si me juras no volver á atentar jamás contra la existencia de nuestro noble caudillo, dijo Gil Gomez con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

El asesino, sintió que le faltaba la respiracion, sus miembros se aflojaron y exhaló de su pecho oprimido un ronquido sordo y estertóreo.

Gil Gomez, le dejó entonces alguna libertad, diciendo.

—Jura, jura pronto lo que te digo, porque siento que se me va la cabeza y conozco que voy á matarte.

Derrepente el asesino, aprovechándose de la libertad que le dejaba el jóven, dió un salto terrible y supremo, que lo arrojó lejos de sí, se precipitó á la ventana ligero como un rayo y antes de que Gil Gomez volviese de su sorpresa, desapareció en la oscuridad de los campos.

Fué tan brusco el movimiento y tan estruendoso el golpe del jóven, que Hidalgo despertó sobre saltado, se incorporó sobre el lecho violentamente y preguntó con acento de sorpresa.

—¿Qué hay? ¿qué es lo que pasa? ¿quien vá?

—Soy yo, señor, se apresuró á responder Gil Gomez, procurando ocultar la emocion que la cólera, la lucha y la sorpresa habian producido en su animo, con un acento de aparente tranquilidad, yo que fastidiado de tanto dormir, he tenido la impru-

dencia de pasearme por el cuarto y de tropezar con un mueble.

—¿Pues qué hora es? preguntó Hidalgo.

—Faltan todavía tres horas para que amanezca.

—¿Y ya ha descansado vd. suficientemente?

—Voy á volver á dormirme, porque es en efecto todavía muy noche, respondió Gil Gomez para tranquilizar al anciano.

Y los dos volvieron á permanecer silenciosos.

Fuera de la desmantelada habitacion, solo se oia el ruido de la lluvia gemidora y el galope de un caballo que se alejaba á todo escape.

Al amanecer se puso en marcha el ejército.

Gil Gomez buscó en vano entre los oficiales al desconocido, pues este habia desaparecido.

El jóven creyó en su buena fé, que la leccion de la noche anterior le habia sido provechosa, y que no volveria á presentarse mas; pero no habló á Hidalgo una palabra de lo que habia pasado.

Atravesaban un lugar inhabitado y desierto, llamado *La Punta del Espinazo del diablo*, cuando Hidalgo llamando á parte á Gil Gomez le dijo.

—Capitan, tengo fuertes sospechas de que las tropas de Elizondo nos vigilan y esperan caer sobre nosotros en las *Norias del Baján*, que segun me dicen es un punto demasiado ventajoso para el que lo ocupe primero.

—¿Porqué? señor.

—Porque ¿no le parece á vd. muy extraño que no nos hayan salido á encontrar, en ningun punto del largo camino que hace algunos dias atravesamos?

—Es en efecto demasiado extraño.

—¿Y el sospechoso? preguntó Hidalgo.

—Creo que ha desistido de su traicion porque desde ayer no lo veo.

—No se porqué me dá mala espina esa desaparicion.

—¿Me permite vd. señor que vigile los lados del camino? preguntó Gil Gomez.

—Sí; pero tome vd. una fuerte escolta, para que le acompañe, capitan.

—No señor, porque entonces, no podré observar y por el contrario seré visto.

—Está bien, jóven, vaya vd. solo; pero no se aleje demasiado, dijo el anciano con acento de paternal cuidado.

Gil Gomez se hizo á la derecha del camino, alejándose del ejército con lentitud, cerca de media legua.

Atravesaba un suelo árido y rocalloso, sembrado de escasas y mezquinas plantas, encajonado entre altísimas montañas.

El sól declinaba en occidente, lanzando pálidos y dudosos rayos.

El jóven lanzó su vista por toda la distancia que podia abarcar y no observando nada que le infundiese sospechas, dejó caer la rienda de sus manos permitiendo á su caballo que anduviese al paso que desease.

El sitio, la hora, las circunstancias en que se hallaba, afectaron profundamente su ánimo y una tristeza honda y roedora se apoderó de su sér.

Tendió una mirada á su pasado, pensó en su infancia tan alegre y tan serena, pasada al lado de Fernando, en sus juegos infantiles, en la hermosa aldea que hacia tanto tiempo habia abandonado, y sobre todo en su honrado protector, que habia sido

un segundo padre para él y á quién habia dejado por seguir á Fernando, á ese hermano querido cuyo destino ignoraba.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

Derrepente oyó un ruido á su lado y alzó la vista, dando al cabo de un momento, un salto de sorpresa.

Delante de él estaba, Don Juan, el asesino de la noche anterior, el terrible amante de la terrible y hermosa Doña Regina, ginete sobre su hermoso negro caballo, mirándole y sonriendo con su risa sarcástica y siniestra.

Gil Gomez llevó maquinalmente su mano á una de sus pistolas; pero despues temiendo que se calificase este acto de cobardía la retiró de allí, mirando fijamente y en silencio á Don Juan

—¡Buenas tardes! amiguito, dijo éste con expresion de sangrienta ironia.

Gil Gomez no contestó.

—¡Parece que le causa á vd. miedo el verme en este sitio tan solitario y á esta hora tan triste?

—Experimento el sentimiento de horror, que es natural á todo hombre honrado, al hallarse frente á un asesino, respondió Gil Gomez con enérgica y orgullosa brevedad.

—Sea vd. menos pródigo en epitetos, amigo mio y hablemos con mas sangre fria.

—Yo no soy amigo de vd. ni tengo nada que hablar, si viene vd. á vengarse, solos estamos y nuestros brazos pueden manejar una arma. Mas ¡ah! ya habia olvidado que el de vd. solo sabe preparar venenos ó alzar puñales para asesinar hombres dormidos.

Don Juan, ni hizo algun movimiento á este discurso de Gil Gomez y solo dijo con una voz sosegada.

—Deje vd, le digo todas esas frases y esos dictados, porque tenemos que hablar algo mas importante.

—No me imagino ciertamente lo que sea; pero puesto que vd. se empeña, hablemos.

—Oh es muy breve, son dos palabras solas las que voy á decir á vd. para callar ese estruendo entusiasta que lo anima.

—Pues ya escucho.

Gil Gomez se cruzó de brazos, mirando con expresion de cólera contenida al pálido Don Juan, que dejó caer lentamente y sin alterarse las siguientes palabras.

—Hace tres meses he prometido á una persona la muerte del cura Hidalgo.

—Noble promesa por cierto.

—No me interrumpa vd. jóven, porque ni es capaz de imaginarse todo lo que se puede prometer por agradar á esa persona, bástele saber que lo habia prometido.

—Está bien.

—Desde el instante en que he hecho semejante juramento, me he propuesto destruir cuanto obstáculo me impidiese cumplirlo. Desde hace algunos dias todo habria concluido ya; pero en donde menos esperaba he encontrado ese obstáculo.

—Ya comienzo á comprender.

—Ese obstáculo era vd, miserable hijo del pueblo, luchando conmigo, noble de raza.

—Silencio; interrumpió colérico Gil Gomez.

—Tenga vd. un poco de paciencia, ya vamos á

acabar Decia yo que era vd. jóven llena la cabeza de ideas estravagantes de fidelidad y libertad, vd. ciego instrumento de una causa repugnante.

—¡Miserable!

—Con su constante vigilancia, habia logrado destruir mis mejores planes y una tarde pensé en desembarazarme de vd.

—De una manera muy digna de todas sus cobardes acciones.

—Puesto que ya vd. sabe cual fué el resultado de ese negocio, no hablemos mas de ello.

—No, no hablemos de esa traicion, porque siento impulsos de matarle á vd. sin compasion.

—Usted nunca podría matar á un hombre que no está prevenido para un duelo.

—¡Está bien! prosiga vd. y diga por fin lo que desea.

—Anoche ha fallado mi última tentativa, que era por cierto muy segura, pero he sido vencido por vd. débil criatura, yo que en mi país era uno de los duelistas mas terribles.

—La nobleza de mi defensa me dió fuerzas y el terror de el hombre que va á cometer un crimen, abatió las de vd.

—Y creará vd. amiguito, segun la espresion de orgullo con que mira, que ha salido vencedor y que lo seguirá siendo como hasta aquí?

—Lo creo, si Dios y la libertad me dan su amparo.

—Pues va vd. á oír como no ha sido así precisamente.

—¡Cómo?

—¡Oh! de una manera muy sencilla. Al ver fallar con tanta facilidad mis planes, he pensado que

podia muy bien entregar al hombre cuya muerte he jurado á manos que lo despedazarian con el mismo furor que las mias.

—Prosiga vd., prosiga.

—Me he dicho: ese cura Hidalgo camina acompañado de muy poca gente hácia donde se hallan las tropas españolas.

—Continúe vd.

—Si yo hiciese de manera que esas tropas le ahorrasen la mitad del camino y saliesen á sorprenderle, donde menos lo espere, me habria evitado un gran trabajo.

—¡Dios mio!

—Por consiguiente, ¡á que no adivina vd. adónde me he dirigido anoche despues de lo ocurrido?

—¡Adónde?

—A hablar con el gefe español Elizondo.

—¡Miserable! acabe vd.

—De manera que esta noche ó mañana á lo mas tarde....

—¡Qué?

—Hidalgo se hallará prisionero entre sus manos.

—No, traidor, no, porque voy á matarte primero y á impedirlo despues, esclamo Gil Gomez echando mano á su espada.

Pero antes que el jóven pudiese ejecutar lo que acababa de decir; Don Juan que habia estado calculando á sangre fria sus movimientos, sacó violentamente una pistola de cuya culata no habia separado su mano y la disparó á boca de jarro contra su pecho.

Gil Gomez quiso aún descargar un golpe sobre su traidor adversario; pero flaquearon sus fuerzas, llevó con espresion de dolor las manos sobre el pe-

cho, que se tiñó en sangre y abriendo los brazos cayó del caballo, de cara contra el suelo.

—¡Pobres locos de veinte años! ¡pobres necios! que creéis que todo en la vida es nobleza, entusiasmo, valor.

Doña Regina, estais satisfecha, porque mañana, será mas fácil volver la vida á un cadáver, que arrancar á Hidalgo del tribunal de Chihuahua.

Ahora á México, á gozar todas las delicias de vuestro amor.

Y al decir estas palabras, Don Juan se alejó á galope, riéndose con una risa de Satanás.

---

## TERCERA PARTE.

### CAPITULO XVI.

*Lo que es el corazon humano.*

Es una tarde del mes de Octubre de 1812.

Han trascurrido dos años desde aquel dia, en que pálido y lloroso hemos visto al jóven Fernando de Gomez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida, á Clemencia, para dirigirse á su compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto mas se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque miradlo bien, así es el corazon humano.

Amad mucho, hasta la idolatría á una jóven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de nin-